



01/Apuntes sobre la teología del sufrimiento.

Hno. Simón Azpíroz, O.H.,
Capellán.
Hogar Clínica San Rafael. La Habana
Sanatorio Psiquiátrico San Juan de Dios. La Habana

El sufrimiento es un misterio. Se esconden tras esta palabra tantas realidades, tantas personas que uno conoce, tantas situaciones, tantos rostros, tantas experiencias... Son interminables. Y no obstante es posible ver sonreír en medio del dolor y atisbar un rayo de luz aún en medio de las situaciones más desesperantes. Es posible ver la resurrección tantas veces. En este artículo se analiza la experiencia terrible del sufrimiento a la luz de la Revelación cristiana, haciendo un breve recorrido tanto por el Antiguo como por el Nuevo Testamento, ofreciendo algunas aplicaciones para la Pastoral de la Salud.

Palabras clave:
Sufrimiento, Mal, Enfoque bíblico, Jesucristo, Oración, Enfermedad, Enfoque teológico.

Suffering is a mystery. Hidden behind these words there so are many realities, so many people we know, so many situations, so many faces, so many experiences... they are endless. And yet you can see a smile through the pain and glimpse a ray of light even in the midst of the most desperate situations. You can view resurrection so many times. This article analyzes the ordeal of suffering in the light of Christian revelation, with a brief tour around both the Old and the New Testament, offering some applications to the Ministry of Health.

Key words:
Suffering, Evil, Biblical approach, Jesus Christ, Prayer, Sickness, Theological approach.

¿Quién no conoce o no ha tenido alguna experiencia de sufrimiento en la vida? Nuestra propia condición humana es una condición limitada tanto en el espacio como en el tiempo. Esta realidad de por sí ya produce sufrimiento. Nos gustaría no estar sujetos a ningún límite, y en ocasiones hasta el hombre creyente experimenta a Dios como un silencio que desconcierta: “yo sé que estás aquí, pero no te siento.”

El sufrimiento es un misterio. Hay que acercarse a él descalzo y de puntillas, como **Moisés** ante la zarza ardiente (**Ex 3,5**), ya que el terreno que pisamos es sagrado, se trata de la interioridad de la persona que sufre. Sabiendo además que, después de muchas palabras, el misterio seguirá estando ahí hasta que el mundo acabe.

Tenemos que acercarnos con delicadeza, como un cirujano ante una herida. Y con realismo, sin que bellas consideraciones poéticas nos impidan ver su tremenda realidad.

Se puede decir que el hombre sufre cuando **experimenta cualquier mal**. EL MAL: hay bajo esta palabra tantas experiencias... el dolor, la contrariedad, la desarmonía, la enfermedad, la angustia, la soledad, la injusticia, el hambre, la muerte amenazadora...

El misterio del mal golpea una y otra vez con toda su crudeza y horror y una vez más surge inevitablemente el mismo interrogante que ha acompañado a la humanidad de generación en generación: ¿Por qué el mal, el dolor y el sufrimiento?

El mal es lo más irritante que hay en el mundo. Perturba a la vez el corazón y la razón, poniéndolos frente a los últimos interrogantes.

Cuando hable en este trabajo del sufrimiento, ha de ser entendido como algo todavía más amplio que la enfermedad, más complejo y a la vez más profundamente enraizado en la humanidad misma.

San Juan Pablo II, en la Carta Apostólica **Salvifici Doloris** aclara este concepto:

“...Lo que expresamos con la palabra «sufrimiento» parece ser particularmente esencial a la naturaleza del hombre. Ello es tan profundo como el hombre, precisamente porque manifiesta a su manera la profundidad propia del hombre y de algún modo la supera. El sufrimiento parece pertenecer a la trascendencia del hombre; es uno de esos puntos en los que el hombre está en cierto sentido «destinado» a superarse a sí mismo, y de manera misteriosa es llamado a hacerlo.” (SD 2)

El sufrimiento es una experiencia humana, a la vez que un escándalo. Desde la teología se ha llegado a afirmar (**Possenti, V. 1997**):

“Esta cuestión es, para muchos hombres, fuera de toda ideología, el principal obstáculo para la creencia en Dios. Por otra parte, el tema no es de los que se pueden abordar sin temblor, porque ante el sufrimiento del hombre todo discurso parece irrisorio”.

1/

Hacia una clasificación del dolor.

El dolor es parte de la vida. Nos van marcando los golpes pequeños y los grandes. Hay dolores no tan físicos, pero igualmente reales y que también dejan huella, aunque no siempre se vea. Es el dolor por las heridas que la vida te inflige alguna vez; el dolor de un corazón golpeado, de un fracaso inesperado, de un sueño roto...

El dolor físico no es más que una parte de la respuesta que nuestro organismo tiene cuando es agredido, pero el sufrimiento, entendido éste en un sentido complejo, es muy difícil de analizar, ya que tiene múltiples implicaciones psicológicas, culturales, familiares, educacionales, sociales...y tampoco se puede medir.

El mismo dolor será insoportable para una persona sensible o deprimida, mientras que para un enamorado que espera a su novia sólo será una sensación incómoda.

La Salvifici Doloris distingue entre sufrimiento físico y sufrimiento moral.

“...El sufrimiento físico se da cuando de cualquier manera «duele el cuerpo», mientras que el sufrimiento moral es «dolor del alma». Se trata, en efecto, del dolor de tipo espiritual, y no sólo de la dimensión «psíquica» del dolor que acompaña tanto el sufrimiento moral como el físico.” (SD 5)

Por poner sólo unos ejemplos de distintos tipos de dolor:

1. Dolor de la duda/incertidumbre.
2. Dolor de la soledad.
3. Dolor de la inutilidad.
4. Dolor del rechazo.
5. Dolor de la guerra.
6. Dolor de la depresión.
7. Dolor físico.
8. Dolor de la enfermedad.
9. Dolor de hambre.

2/

Respuestas ante el dolor.

Ante la tragedia del sufrimiento los caminos del espíritu se bifurcan: hacia un lado va el rechazo de Dios y hacia otro la entrega definitiva y sincera a él. Y esta opción personal es tan antigua como la humanidad. La Salvifici doloris se interroga acerca del porqué del sufrimiento y del mal, a la búsqueda de una respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento:

“Dentro de cada sufrimiento experimentado por el hombre, y también en lo profundo del mundo del sufrimiento, aparece inevitablemente la pregunta: ¿por qué? Es una pregunta acerca de la causa, la razón; una pregunta acerca de la finalidad (para qué); en definitiva, acerca del sentido.

En efecto, el hombre no hace esta pregunta al mundo, aunque muchas veces el sufrimiento provenga de él, sino que la hace a Dios como Creador y Señor del mundo.

Y es bien sabido que en la línea de esta pregunta se llega no sólo a múltiples frustraciones y conflictos en la relación

del hombre con Dios, sino que sucede incluso que se llega a la negación misma de Dios. En efecto, si la existencia del mundo abre casi la mirada del alma humana a la existencia de Dios, a su sabiduría, poder y magnificencia, el mal y el sufrimiento parecen ofuscar esta imagen, a veces de modo radical, tanto más en el drama diario de tantos sufrimientos sin culpa y de tantas culpas sin una adecuada pena...” (SD 9)

A lo largo de la historia se han intentado dar diferentes respuestas al misterio del sufrimiento, más o menos inspiradas en algún pasaje bíblico. Los límites que las respuestas presentan son, sobre todo, que terminan teniendo un carácter racional y que nunca podrán desvelar lo que es realmente misterioso.

3/

Teología del sufrimiento en el Antiguo Testamento.

La Salvifici Doloris afirma que Dios espera las preguntas del hombre y las escucha, como podemos ver en la Revelación del Antiguo Testamento, y que en el libro de Job la pregunta ha encontrado su expresión más viva.

3/1

El libro de Job.

En torno al siglo IV y III a.c. surge una corriente crítica en la experiencia del pueblo judío, cuyo más claro exponente será el libro de Job. No todos los males pueden achacarse a una actuación humana previa.

Job, “justo y honrado, religioso y apartado del mal”, son los términos que utiliza el autor del libro que lleva su nombre para presentar al protagonista, como prototipo de la persona fiel al proyecto de la Alianza (Job 1,8,2,3) Según la sabiduría tradicional tal fidelidad se veía recompensada con abundancia de hijos/ tierras y años. Pero la experiencia de la vida contradice la creencia. Hay inocentes que sufren injustamente. Ante la situación, un gran creyente y poeta a un tiempo, tuvo la audacia de cuestionar la sabiduría tradicional, a partir de la leyenda de un tal Job, cuya resignación ante el mal queda reflejada en el relato en prosa al inicio de la obra, y su escándalo ante Dios, en el poema en verso que ocupa la mayor parte del libro, y constituye su núcleo.

Job es también un hombre rico y poderoso, al cual la vida le sonríe, pero que pasa de la noche a la mañana, de una vida próspera, autónoma y saludable, a una situación de desamparo y de enfermedad radical. Cuando las pérdidas se tratan de bienes materiales, e incluso afectivos, como la vida de sus propios hijos, Job no pierde la entereza y continua dirigiéndose a Dios con actitud confiada y humilde: “Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor” (Jb. 1,21). Pero cuando comienza a sentir en su propio cuerpo la enfermedad, la limitación, el dolor, el insomnio...entonces la oración se convierte en un grito desgarrador de angustia y de dolor ante Dios, una oración que en ciertos momentos se presenta como capaz de herir la sensibilidad de ciertos “oídos piadosos”.

El monólogo de Job concluye con la descripción de su angustia:

“En vez de pan, me encuentro con sollozos, derramo suspiros como agua. Me sucede lo que más temía, me encuentro con lo que más me aterraba. Carezco de paz y de tranquilidad, no descanso, todo en sobresalto” (Jb 3,24-26).

Un gran peligro del sufrimiento es que empieza convenciéndonos de que nosotros somos los únicos que sufrimos en el mundo o los que más sufrimos

Los diálogos de Job y de sus tres amigos cubren la mayor parte del libro (Cc. 3-27 y 29-31). Las convicciones de los amigos se basan en dos principios:

- Dios retribuye siempre al hombre antes de su muerte.
- Siempre se verifica una proporción exacta entre las obras y su sanción.

De aquí se deducen dos ecuaciones de la sabiduría tradicional: virtud igual a felicidad, desgracia igual a castigo. Sus amigos interpretan su desgracia como un castigo por pecados cometidos. Es la teoría de la retribución.

No obstante la última palabra sobre este tema que estamos tratando no se encuentra en el libro de Job, sino en la respuesta que Dios dará al hombre en su Hijo Jesucristo.

Otras respuestas inspiradas en el Antiguo Testamento, que no vamos a explicar, son las siguientes:

- Pecado original (Gn. 3).
- Precio de la libertad y de la limitación (Gn. 3,5).
- Solidaridad en el pecado (Ez. 18,2).
- Finalidad educativa (Gn. 22).
- Sufrimiento vicario (Is. 40, 6-9; 52, 13-53,12).

3/2

Relectura actual del libro de Job.

3/2/1 Job sigue siendo actual.

Un gran peligro del sufrimiento es que empieza convenciéndonos de que nosotros somos los únicos que sufrimos en el mundo o los que más sufrimos. Una de las caras más negras del dolor es que tiende a convertirnos en egoístas, que nos incita a mirar sólo hacia nosotros.

No deberíamos escandalizarnos de las quejas amargas de los enfermos, cuando a menudo protestan ante Dios de su suerte. ¿No es esta

también una forma de oración ante aquel que saben que es el Señor de la vida y de la muerte? Cuantas veces he escuchado a personas enfermas en sus momentos de tribulación: ¿Pero por qué, Dios mío? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¿Por qué permites el dolor del inocente?

En otras ocasiones, la necesidad de desahogarse hace que el grito hacia Dios roce la blasfemia. ¿Pero acaso Job no la roza también cuando maldice el día que nació y se desea a sí mismo la muerte como la última liberación? Este grito a Dios desde la noche oscura de la enfermedad es fruto de la confianza. Los enfermos en situación de angustia y de dolor, con quienes peor se comportan verbalmente es precisamente con aquellas personas que más quieren, debido a que tienen una relación de confianza con ellas y saben que no serán juzgadas ni condenadas. Necesitan expresar su dolor y su frustración. En esos momentos es necesario para la persona en situación de sufrimiento mucha comprensión, tacto y ternura. Lo que menos necesita es “sermones piadosos” o forzados intentos de dar explicaciones racionales a todo. Lo que necesita es saberse acogido y acompañado. Muchas veces bastará para ello un silencio respetuoso y una mano tendida en el hombro o cualquier gesto de proximidad. Pero nos da miedo el silencio. Nos produce incomodidad y entonces es cuando podemos caer en la tentación de los amigos de Job.

Caer enfermo es entrar en un mundo diferente, donde todo cambia: la relación con el propio cuerpo, con los demás, con Dios...

La enfermedad plantea al hombre serios problemas en planos muy diversos. En el plano físico, la **enfermedad** es un acontecimiento que se impone: fatiga, dolor, embotamiento...

La enfermedad bloquea al hombre, a pesar suyo, invade la conciencia, domina y esclaviza la voluntad, amenaza con destruir lo que se tiene y lo que se es. Una extraña sensación se apodera de uno mismo “**mi cuerpo está contra mí**”. Sé de enfermos a los cuales les invade pensamientos de inutilidad. Te dicen:

“Yo no valgo para nada, voy a ser un inútil”. Y se ponen a continuación a llorar. Muchas veces los familiares también están angustiados y no saben ayudar al paciente.

3/2/2 Los amigos de Job
siguen siendo actuales.

Los amigos de Job lo culpabilizan de sus males, en un intento de defender a Dios. No se salen ni un ápice de su esquema prefabricado de la teología de la retribución. Este esquema les da seguridad, porque es la única manera de que todo quede ligado. Pero resulta una crueldad intolerable culpabilizar al enfermo de sus dolencias, aunque sepamos de buena gana que estas son el resultado de una vida viciosa y desordenada, como ocurre con los toxicómanos y con la mayoría de los enfermos de SIDA. El sentimiento de culpa puede ser una tortura añadida más dolorosa que el padecimiento físico. En la pastoral de la salud hay que tener en cuenta la situación del enfermo y acercarnos a él con un respeto sagrado, descalzándonos como Moisés ante la revelación de Dios en la zarza ardiente (Ex. 3,5).

La lectura del libro de Job nos da una profunda lección a todos aquellos que nos dedicamos a la pastoral de la salud: visitantes de enfermos, capellanes, religiosos... También a todos los miembros del personal sanitario: médicos, enfermeras, auxiliares de enfermería... A menudo nos incomoda el silencio. Sentimos la necesidad de llenarlo o de dar respuestas racionales a todas las preguntas del enfermo. En el fondo, lo que ellos están pidiendo es comprensión y apoyo, no especulaciones filosóficas o teológicas acerca del sufrimiento y del dolor. Las intervenciones de los amigos de Job nos interpela. ¿No nos sentimos identificados con ellos en algún momento? En especial cuando tratamos de justificar una enfermedad como una prueba de Dios, o como una gracia especial. Queremos reducir el misterio a un mero problema que se puede resolver del mismo modo que resolvemos problemas matemático despejando la “X”.

Ante la muerte de cáncer de un niño, ante unos padres destrozados, ante el sufrimiento de una familia lo peor que se puede hacer es recurrir a tópicos o frases hechas como las de: “Dios se ha enamorado de vuestro hijo y lo ha llamado a su jardín”, u otras expresiones que puede que se digan con la mejor voluntad de aliviar el sufrimiento, pero que en ese contexto son interpretadas como una burla cruel. ¡Estamos ante el misterio del sufrimiento! ¡No caben respuestas aprendidas en el seminario, ni recetas mágicas!

La Iglesia se ha preocupado desde sus inicios del cuidado del cuerpo enfermo y doliente, pero esto no ha impedido que se haya impulsado y a veces privilegiado, ante la enfermedad, una pastoral de exhortación ascético-espiritual orientada, sobre todo, a despertar en el enfermo la única actitud considerada verdaderamente cristiana: la aceptación de la enfermedad. Paciencia, resignación, aceptación de la enfermedad como castigo, como prueba purificadora o como un signo de un amor especial de Dios, son algunos de los temas de muchos libros de meditación y de piedad.

Sin embargo, quien estudie la conducta de Jesús con los enfermos observará que está totalmente ausente en él este tipo de exhortación orientada a generar en el que sufre resignación, paciencia o aceptación. Los evangelistas repiten una y otra vez que Jesús tocaba a los enfermos. Esta actuación de Jesús está indicando hacia donde ha de apuntar el contacto cristiano con el enfermo: no tanto a la exhortación cuanto al gesto curador.

Significa un encuentro profundamente humano que trata de expresar el amor y la ternura de Dios por el enfermo.

4/

Teología del sufrimiento
en el Nuevo Testamento.

En el Nuevo Testamento vemos que Dios no ha elaborado ninguna teoría para explicar la existencia del sufrimiento en el mundo, sino que ha manifestado una praxis, en virtud de la cual el sufrimiento queda situado en un contexto luminoso: el contexto de la actividad terapéutica de Jesús, que lucha contra el mal, y del Misterio Pascual que nos presenta la victoria del amor sobre todo mal.

4/1

La luz del Misterio Pascual.

La actitud de Cristo ante el sufrimiento y la muerte es presentada repetidamente, en la carta a los Hebreos, como obediencia a Dios (Hb. 5,8:10,9-10), subrayando especialmente la confianza en El, que le podía salvar (Hb. 5,7). No se trata de un abandono irresponsable ante la imposibilidad de un remedio, sino de una actitud confiada, mediante la cual vence la muerte.

Ante el sufrimiento último, ante la noche de la fe, donde los sentimientos de abandono y el dolor se superponen, la tentación y la angustia no pueden ser superadas, si no es con la decisión de cumplir la voluntad de Dios: “No sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú” (Mc. 14,36). En el centro de la dinámica de la Pasión de Cristo está la relación como clave de sentido: una relación de solidaridad con los hombres en su misión (murió por nosotros) y una relación con Dios, en el cual se pone la confianza suprema como prenda de la esperanza.

Cuando Jesús se ve destrozado por fuera y por dentro, el evangelista Marcos afirma en su Evangelio:

“Se oscureció todo el territorio...
A media tarde Jesús gritó: Dios
mío, Dios mío, ¿Por qué me has
abandonado?” (Mc. 15, 33-34)

Jesús ahora está presente en todo hombre, especialmente en el momento del sufrimiento (Mt. 25, 31-40); y, de este modo, confiere al sufrimiento de cada persona un rostro sagrado, que es el suyo. Como consecuencia, quien se encuentra en la angustia de la enfermedad o de la muerte o en la “noche de la fe”, participa en el misterio de Getsemaní y en el de la cruz y la resurrección.

El papa Benedicto XVI, en su obra Jesús de Nazaret. Volumen II, (2011), pág. 270, expresa este misterio de la cruz magistralmente:

“La realidad del mal, de la injusticia
que deteriora el mundo y contamina a
la vez la imagen de Dios, es una realidad
que existe, y por culpa nuestra.
No puede ser simplemente ignorada,
tiene que ser eliminada. Ahora bien, no
es que un Dios cruel exija algo infinito.
Es justo lo contrario: Dios mismo se
pone como lugar de reconciliación y,
en su Hijo, toma el sufrimiento sobre
sí. Dios mismo introduce en el mundo
como don su infinita pureza. Dios mismo
«bebe el cáliz» de todo lo que es terrible,
y restablece así el derecho mediante la
grandeza de su amor, que a través del
sufrimiento transforma la oscuridad.”

Jesús no ha dado una respuesta intelectual al misterio del sufrimiento, sino una respuesta

solidaria. Muestra cómo el camino es el de la lucha contra toda causa de mal y el de la victoria del amor por encima de toda fuerza de mal y de muerte. Jesús, a través del Espíritu llena con su presencia la vida de quien confía y se entrega a él, de tal manera que el que sufre puede experimentar que Dios está allí, junto a él, sufriendo con él, sufriendo como el padre que ve sufrir a su hijo, esperando que él le diga: ¿Dónde estás, Señor? ¿Dónde estás, Padre?

4/2

La aportación de la Salvici Doloris

En esta carta apostólica, que ha sido un regalo de Dios para iluminar el mundo del sufrimiento, el papa Juan Pablo II afirma lo siguiente:

- Cristo ha elevado juntamente el sufrimiento humano a nivel de redención, ya que se acercó al mundo del sufrimiento humano asumiéndolo en sí mismo. Precisamente por medio de su cruz toca nuestros infiernos, toca las raíces del mal y cumple la obra de la salvación. Lo une al Amor y desde allí lo redime. **(SD 19)**
- Su sufrimiento tiene dimensiones humanas, pero tiene también una profundidad e intensidad -únicas en la historia de la humanidad- que, aun siendo humanas, pueden tener también una incomparable profundidad e intensidad de sufrimiento, en cuanto que el Hombre que sufre es en persona el mismo Hijo unigénito: «Dios de Dios». **(SD 17)**
- Cristo da la respuesta al interrogante sobre el sufrimiento y sobre el sentido del mismo no sólo con sus enseñanzas, es decir, con la Buena Nueva, sino ante todo con su propio sufrimiento, el cual está integrado de una manera orgánica e indisoluble con las enseñanzas de la Buena Nueva. **(SD 18)**
- Todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de

Cristo. Quienes participan en los sufrimientos de Cristo tienen ante los ojos el misterio pascual de la cruz y de la resurrección, en la que Cristo desciende, en una primera fase, hasta el extremo de la debilidad y de la impotencia humana; en efecto, Él muere clavado en la cruz. Pero si al mismo tiempo en esta debilidad se cumple su elevación, confirmada con la fuerza de la resurrección, esto significa que las debilidades de todos los sufrimientos humanos pueden ser penetradas por la misma fuerza de Dios, que se ha manifestado en la cruz de Cristo. El sufrimiento de Cristo ha creado el bien de la redención del mundo. Este bien es en sí mismo inagotable e infinito. En este sufrimiento redentor, a través del cual se ha obrado la redención del mundo, Cristo se ha abierto desde el comienzo, y constantemente se abre, a cada sufrimiento humano y a través de la resurrección manifiesta la fuerza victoriosa del sufrimiento. **(SD 19, 25, 26)**

- Así los que sufren con Cristo pueden unir sus propios sufrimientos humanos al sufrimiento salvador de Cristo. El hombre percibe su respuesta salvífica a medida que él mismo se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo. Él mismo está presente en quien sufre, porque su sufrimiento salvífico se ha abierto de una vez para siempre a todo sufrimiento humano. Y todos los que sufren han sido llamados de una vez para siempre a ser partícipes «de los sufrimientos de Cristo» **[1 Pe 4, 13]**. Así como todos son llamados a «completar» con el propio sufrimiento «lo que falta a los padecimientos de Cristo» **[Col 1, 24]**. **(SD 27)**
- Pero a la vez es Él mismo el que recibe ayuda cuando esto se hace a cada uno que sufre sin excepción, como aparece en la descripción del juicio final de Mateo “A mi me lo hicisteis” **(Mt. 25) (SD 30)**
- Cristo al mismo tiempo ha enseñado al hombre a hacer bien con el sufrimiento y a hacer bien a quien sufre. Bajo este doble aspecto ha manifestado cabalmente el sentido del sufrimiento. **(SD 30)**

A veces nuestra escucha, nuestra mano tendida en el hombro, nuestra sonrisa... es todo lo que podemos ofrecer, y sin embargo con estas actitudes les estamos llevando a Dios

4/3

La oración desde la cruz.

La oración desde la cruz tiene una eficacia especial. Mirando la cruz, la persona que sufre puede seguir tentado de esperar un milagro, repitiendo el grito del ladrón crucificado a su derecha: “¿No salvabas a otros?, pues sálvate a ti mismo y a nosotros?” **(Lc. 23,39)**. Pero poco a poco puede ir descubriéndole como alguien que está como él, crucificado por el dolor, la enfermedad, el sufrimiento. Está a su lado, está también crucificado, no le consuela en el dolor. El está en su dolor. Descubre que hay una cruz que puede dar sentido a su cruz, pues la cruz de Cristo significa toda la solidaridad y el amor de Dios encarnado por nosotros hasta límites inimaginables. Sabe que no sufre sin sentido, que asumir esa cruz le hace caminar hacia Dios, ser Dios. Es el símbolo, la señal del pacto donde Dios y el hombre se unen en una nueva alianza: cielos nuevos, tierra nueva. La cruz del amor, la cruz del amor hasta el dolor, la cruz del dolor insoportable por amor, es la cruz del amor del Padre, es la señal de que El está aquí y ahora con nosotros. Es un árbol profundamente clavado en la tierra que nos une al cielo, y otro madero horizontal que se abre a los hermanos.

5/

Algunas aplicaciones para la pastoral de la salud.

Cada día nos encontramos con multitud de personas que viven situaciones de sufrimiento debidas a múltiples causas. Algunas de estas personas sufren trastornos psíquicos, otras sufren la soledad, otras la enfermedad propia o de un ser querido. Son los rostros sufrientes donde nos encontramos con el “crucificado”.

A veces tenemos la sensación de estar sumergidos en un mundo de necesidades y sufrimientos. Pero junto a estas experiencias vemos también la sonrisa en los rostros, el agradecimiento ante una pequeña ayuda material o espiritual, el afecto y la ternura. Vemos también como se producen pequeñas resurrecciones que nos llenan de alegría y esperanza.

También el **Papa Francisco** confirma esta experiencia en su **Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium nº 276**:

“Verdad que muchas veces parece que Dios no existiera: vemos injusticias, maldades, indiferencias y crueldades que no ceden. Pero también es cierto que en medio de la oscuridad siempre comienza a brotar algo nuevo, que tarde o temprano produce un fruto. En un campo arrasado vuelve a aparecer la vida, tozuda e invencible. Habrá muchas cosas negras, pero el bien siempre tiende a volver a brotar y difundirse. Cada día en el mundo renace la belleza, que resucita transformada a través de las tormentas de la historia. Los valores tienden siempre a reaparecer de nuevas maneras, y de hecho el ser humano ha renacido muchas veces de lo que parecía irreversible. Ésa es la fuerza de la resurrección y cada evangelizador es un instrumento de ese dinamismo.”

Desde la Pastoral de la Salud y la Pastoral Social intentamos acompañar todos estos procesos personales de muerte y de resurrección, dando lo que podemos. A veces nuestra escucha, nuestra mano tendida en el hombro, nuestra sonrisa... es todo lo que podemos ofrecer, y sin embargo con estas actitudes les estamos llevando a DIOS.

Quien quiera entrar en el mundo del enfermo, no puede ir deprisa, es preciso detenerse un poco, para restablecer una relación seria y auténtica.

LH n.315

Esa relación puede convertirse en compromiso libremente asumido, si, de una u otra forma, echamos un poco de aceite en las heridas.

De esa relación, podemos salir enriquecidos, humanizados, evangelizados: los enfermos nos evangelizan.

En la actuación de Cristo, nunca se separan “la proclamación del Reino de Dios” y “la curación de los enfermos”. Por eso, el mandato misionero de Jesús es claro. No envía a sus discípulos solamente a predicar, hablar y enseñar. Los envía a predicar y a curar. “Los envió a proclamar el Reino de Dios y a sanar” (Lc. 9,2). Predicación verbal y gesto curador van inseparablemente unidos.

Por eso, la pastoral de la salud, entendida como acercamiento al hombre doliente y como salvación integral, no ha de ser infravalorada como una pastoral secundaria en el conjunto de actividades de la Iglesia, ocupada en tareas más importantes de catequesis, enseñanza religiosa y evangelización verbal. Esta pastoral, como toda actividad de servicio al hombre desvalido (pobres, marginados, ancianos, encarcelados, etc.) ha de ocupar un lugar central en una Iglesia que se sienta Cuerpo de Cristo y quiera prolongar su acción salvadora.

Al buscar una explicación al dolor, a veces tan desproporcionado, al final siempre nos topamos con el misterio. Pero en la pastoral de la salud partimos del presupuesto de que asumir el dolor con humildad puede convertirlo en un camino de plenitud, en lugar que se convierta en un sin-sentido. Reconocer la contingencia del ser humano comporta la aceptación de los límites como parte de la vida: nos delimitan, y son a la vez, la condición de posibilidad de nuestra existencia.

“Yo solo puedo afrontar el sufrimiento, sufrir con sentido, si sufro por un algo o un alguien. El sufrimiento, para

tener sentido, no puede ser un fin en sí mismo...Para poder afrontarlo, debo trascenderlo” (V. Frankl, 1987)

El sentido del dolor es consecuencia del sentido de la vida que se tenga; en cierto modo el sentido del dolor remite y se resuelve en el sentido de la vida, y lo que da sentido al dolor es el amor, se soporta el dolor en la medida en que se ama.

Una pastoral de la salud está llamada a introducir en el mundo del dolor y la enfermedad un modo de acercarse al cuerpo doliente en el que las manos, la caricia, el abrazo, la mirada, el rostro y los diferentes gestos y cuidados anuncien a los enfermos la Buena Noticia de un Dios Amor.

Coger la mano de un enfermo grave, estrechar entre las nuestras las de un anciano solo y tembloroso, acariciar la frente de un moribundo, abrazar a quien sólo siente soledad e impotencia son gestos que pueden encarnar el amor de Dios en una cultura donde el cuerpo enfermo, envejecido o moribundo provoca desasosiego, temor y hasta rechazo.

6/

La voz poética.

Hay realidades de nuestra existencia tan misteriosas y profundas que en ocasiones solo el lenguaje de la poesía puede expresar mejor que los discursos. Este es el caso del tema que hemos tratado en este trabajo. Por eso vamos una experiencia que parte de la realidad vivida:

El padre Esteban Gumucio ss.cc. describe su experiencia de enfermo y la última etapa de su vida, “De la muerte a la vida”, en tres artículos sucesivos en la revista Reinado Social (febrero, marzo, abril 1997):

...Comienzan a nacerme raíces para otra tierra.
El tronco viejo, áspero y friolento, sueña fuegos nuevos, y la savia incontenible ensaya otras maneras.
Debajo de estos inviernos, yo sé que germinan flores amarillas y rosas en estas cicatrices rugosas, oscuras...
Ahora, espero, hermano, y veo caer mis hojas como preludio de otras fiestas...
¡Y que florezca Dios, en mí
Y que florezca !”

Bibliografía

AAVV. (1994). *Vivir sanamente el sufrimiento*. Madrid: EDICE.

Joseph Ratzinger. Benedicto XVI. (2011). *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Roma: Librería Editrice Vaticana.

Bermejo, J.C. (1988). *El Dios sádico, ¿Ama Dios el sufrimiento humano?* Santander: Sal Térrea.

Buytendijk F.J.J. (1958). *El dolor: fenomenología, psicología, metafísica*. Madrid: Revista de Occidente.

Francisco. (2013). *Evangelii Gaudium*. Mexico: Ediciones Dabar.

Gumucio E. (1997). *De la muerte a la vida*. Revista Reinado Social. Madrid.

Frankl. V. (1987). *El hombre doliente: fundamentos antropológicos de la psicoterapia*. Barcelona. Herder.

Juan Pablo II. (1984). *Salvifici doloris. El sufrimiento humano*. Madrid: Ediciones paulinas.

Léveque J. (1988) *Job. El libro y el mensaje*. Estella: Verbo Divino.

Neusch M. (1992). *El mal*. Bilbao: Mensajero.

Pangrazzi, A. (1988). *Creatividad pastoral al servicio del enfermo*. Santander: Sal Térrea.

Possenti V. (1997). *Dios y el mal*. Madrid: Rialp.

Ricoeur P. (2006). *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*. Buenos Aires: Amorrortu.

Schürmann H. (1982). *¿Cómo entendió y vivió Jesús su muerte? Reflexiones exegéticas y panorámica*. Salamanca: Sigueme.

Teby. Grupo de Herramientas Nueve. (1997) *Qué es...el dolor*. Madrid: Ed Paulinas.